

ante el mundo! (Con desesperación.)

(Con ira.) ¡Y es por tí...!

¡Qué es lo que hiciste!

(Dirigiéndose hácia Dolores, en actitud de amenaza: esta se deja caer sobre el diván. Pablo se interpone entre Gonzalo y Dolores.)

DOL. (Con angustia.) ¡Ay de mí!

PABLO. (Á Gonzalo con energía.)

¡No te acerques! ¡Yo lo impido!

GONZ. ¡Tú!

PABLO. ¡Lo exige mi deber!

GONZ. ¿Tu deber?

PABLO. ¡El más sagrado!

¡El que cumple un hombre honrado cuando ampara á una mujer!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala de planta baja en un pabellón próximo al hotel de Gonzalo, y situado en el mismo jardín que aquél. Puerta al fondo y al lateral izquierdo: en el derecho, una gran ventana, por la cual penetrarán los rayos de la luna. El mueblaje elegante y rico. La escena estará alumbrada por una sola lámpara. Á la derecha, en primer término, un sofá.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO y LUIS.

- Luis. ¡Qué obstinación en negarte y en impedir que te vean los amigos! ¿Tienes miedo?
- Gonz. ¡Miedo no! Tengo vergüenza al recordar mi insensato proceder, y las ofensas que á una mujer sin ventura y á una amistad verdadera, he inferido sin derecho ni razón que las mantenga.
- Luis. ¡Y el escándalo es enorme! No hay en Madrid quien no sepa toda la verdad del caso.
- Gonz. Ni quien disculpa me ofrezca. Lo sé, y al saberlo siento que en mi mente se atropellan mil temores infinitos; mil encontradas ideas que me hieren y me oprimen, y me acosan y me asedian. ¡Qué enemigo tan cruel llevamos en la conciencia!

- LUIS. ¡Qué traidora cuando duermel
¡Qué terrible si despierta!
De modo que por tal causa
de todo el mundo te alejas,
y este pabellón ocupas,
que está de tu casa cerca
y á un extremo del jardín
que á los dos frescura presta.
- GONZ. ¿Qué iba á hacer, sino alejarme
de Dolores? Mi presencia
en su casa y á su lado
era imposible, porque era
para mí el remordimiento,
la desventura para ella.
- LUIS. ¿Eso es decir que renuncias
para siempre á tus empresas?
- GONZ. Sí.
- LUIS. ¡Me resisto á creerte!
Estás bajo la influencia
del momento, y te dominan
impresiones pasajeras
que con el tiempo se extinguen
y con las horas se alejan.
Ya mudarás de propósito.
- GONZ. Te engañas si en eso piensas.
Desde hace tres días soy
otro hombre. Ante las severas
frases de Pablo, y la angustia
de Dolores y mi ciega
actitud, alcanzar pude
la magnitud de la ofensa
que infería, y sentí espanto
y me alejé, y tengo puesta
mi esperanza en conseguir
que su perdón me concedan,
- LUIS. ¡Cómo! (Evitar necesito
que eso ocurra!) Ni que fuera
tan grave lo que tú has hecho!
Si cada hombre que tropieza
y ante su mujer delinque
adoptara las extremas
soluciones que tú adoptas,

- se transformaba la tierra
en gigante monasterio
de maridos calaveras,
donde cada hombre casado
iba á tener una celda.
- GONZ. Hablas así, porque ignoras
la culpa que me atormenta.
Ya la conozco y me humillo,
y sé lo que hacer me resta.
Porque lo sé he escrito á Pablo
hoy mismo para que venga
á este lugar. Quiero darle
explicaciones completas
de mi conducta
- LUIS. ¿Y Dolores?
- GONZ. También he querido verla.
No estaba; quizás se excusa
por evitar mi presencia.
- LUIS. ¿Y juzgas cosa tan fácil
obtener lo que deseas?
- GONZ. Sí.
- LUIS. ¿Te olvidas de Mercedes?
- GONZ. ¡Mercedes!... (Temeroso y vacilante.)
- LUIS. Ella es resuelta
y te adora. Tú no sabes
lo que sufre por tu ausencia,
ni la angustia que padece
al ver que por tí se entrega
al escarnio de las gentes,
y que en pago de su inmensa
pesadumbre, de su horrible
desgracia, tú la condenas
al olvido y al desprecio
y al desdén.
- GONZ. ¡No me hables de ella!
- LUIS. ¡No prosigas! ¡No la nombres!
¿Temes que á su influjo, ceda
tu voluntad?
- GONZ. No lo sé;
pero sé que ha sido intensa
mi pasión; que el bien en mi alma
á echar raíces comienza,

- y que el retoño que prende
el menor viento le quiebra!
- LUIS. Pues Mercedes ni se rinde,
ni ante los desdenes ceja,
y á verte está decidida.
- GONZ. ¿Qué dices? (Con temor.)
¡No! ¡que no venga!
(¡Fuera horrible! ¡Necesito
evitar que tal suceda!) (Á Luis.)
¡Vete en busca de Dolores;
di que me precisa verla;
que de una entrevista, acaso
nuestra ventura dependa,
y que á mi arrepentimiento
le es forzoso tener cerca
una virtud que le ampare,
y un amor que le sostenga!
- LUIS. ¿Quieres que vaya?...
- GONZ. (Con ansiedad.) ¡Al momento!
Á mí tal vez no quisiera
recibirme, y es preciso
que yo esta noche la vea.
- LUIS. Gonzalo... (Como si dudara.)
- GONZ. ¡Vé!... ¡te lo ruego!
¡Vé pronto!
- LUIS. Como tú quieras.
- GONZ. Dila que aun puede salvarme,
y dime lo que resuelva.
- LUIS. Adios. (Sale por el foro.)
- GONZ. Huir necesito:
así mi deber lo ordena.

ESCENA II.

GONZALO, JUAN, al final MERCEDES por la izquierda. Juan sale por la puerta del lateral izquierda y mira por ella.

- JUAN. (Va á enfadarse, de seguro;
pero no hay quien la convenza,
y paga bien y lo manda,
y conviene obedecerla.)
¿Señorito? (Gonzalo vuelve la cabeza.)

- GONZ. ¿Qué me quieres?
- JUAN. Al pasar junto á la verja
del jardín, y por el lado
que da al campo, vi en la puerta
de salida una señora;
me hizo de acercarme seña,
abrí... (Se detiene un momento.)
- GONZ. ¡Sigue! (Con ansiedad.)
- JUAN. Por de pronto
no pude reconocerla.
Luego me dijo su nombre.
- GONZ. ¿Y es?... (Con temor.)
- JUAN. Doña Mercedes.
- GONZ. (Con espanto.) ¡Ella!
- JUAN. La dije que usted no estaba,
y me respordió:—«Se niega,
pero á mí me importa verle
y nada hay que me detenga!»
avanzó por el jardín,
y está en la casa, y espera.
- GONZ. (¡Imposible! Yo no debo,
ni puedo, ni quiero verla!)
Dila... (En este momento aparece Mercedes en la
puerta lateral izquierda.)
- MERC. (Con sarcasmo.) ¿Que me arroje acaso?
¿Que me eche de tu vivienda? (Con energía.)
¡Dolores podía hacerlo:
tú, no!
- JUAN. (Vigilaré fuera.) (Sale por el fondo.)

ESCENA III.

MERCEDES y GONZALO, al final JUAN.

- GONZ. Mercedes, ¿te has atrevido?...
- MERC. ¡Me atrevo á todo por tí!
¿Te alejas?... ¿Huyes de mí?
¡Pues yo á buscarte he venido!
¡Por tu amor me han afrentado!...
¡pero un derecho me alienta:
el de devorar la afrenta
en tus brazos y á tu lado!
- GONZ. ¡No, Mercedes! ¡No ha de ser!

MERC. ¡Yo afirmo que sí seré!
GONZ. ¡Nunca!
MERC. ¿Qué dices?
GONZ. Que ya nada podemos hacer.
MERC. ¿Quién se opone?
GONZ. La opinión, ¡mi deber que lo ha exigido!
MERC. ¿Se oponen?... ¡Pues han mentido!
Pregunta á tu corazón que él te debe responder, y él te puede contestar si es posible abandonar para siempre una mujer, que te ruega en su dolor, que por tí se ha deshonrado, y que lo ha sacrificado todo por lograr tu amor!
GONZ. Prosigue; tienes derecho para denostarme así.
MERC. ¡Pero me olvidas! (Con angustia y dureza.)
GONZ. (Con pasión.) ¡Á tí!
¡No! ¡Tu amor vive en mi pecho, poderoso, inextinguible!
¡Nada nos hará olvidarnos!... (Con pena.)
¡pero es fuerza separarnos!
MERC. ¿Por qué?
GONZ. (Con decisión.) Porque es imposible todo ya; porque el destino ha tenido esa exigencia; porque nuestra delincuencia nos ha cerrado el camino!
La culpa, como el torrente, arrastra en su curso ciego fango, y ese fango, es luego el dique de su corriente.
MERC. Todo se puede alcanzar si me prefieres á todo.
GONZ. No lo intentes; ya no hay modo ni manera de luchar.
Debemos dar al olvido nuestra insensata locura.

Yo he deshecho una ventura;
tú un hogar has destruido:
por calmar tanta aflicción
¿qué es lo que nos toca hacer?
Á tí, borrar el ayer,
á mí, reclamar perdón.
MERC. ¡Qué fácilmente acomodas á tu propia conveniencia los actos de tu conciencia!
¿Qué pretendes? ¿Romper todas tus promesas? ¡No lo esperes!
¡Jamás hacerlo podrías; y si lo hicieses, serías más infame de lo que eres!
GONZ. ¡Sí, Mercedes; ya lo sé: pero nada he de intentar!
¡Duélete de mi pesar, y olvida el pasado!
MERC. ¿Qué?
¡Ni el olvido, ni el perdón!
No podría aunque quisiera.
Yo fui tu pasión primera;
tú mi primera ilusión;
al robarme otra mujer tu amor, mis dichas perdí.
¿Volviste después á mí?...
¡pues yo no quiero ceder!
Procuraré conservar lo que me ha costado tanto, con mis ruegos, con mi llanto...
porque también sé llorar!
¡con mi terrible dolor!...
¡y si esto no es suficiente, con el recuerdo candente de nuestras horas de amor!
GONZ. ¡Nuestro amor! (Con desesperación.)
MERC. ¡Sí; nuestro bien!
¡Mi más querida esperanza!
¡Por ella fué mi venganza, por ella mi odio también!
¡Por ella mi honra perdí sin que llegara á causarme

- rubor; porque al deshonrarme,
me deshonraba por tí!
- GONZ. ¡No me hables de la ventura
infinita que gocé
con tu cariño!
- MERC. (Con angustia.) ¿Por qué?
- GONZ. ¡Porque aumentas mi amargura;
porque para amar es tarde;
porque al mundo tengo miedo;
porque escucharte no puedo!
- MERC. (Con ira.) ¡Siempre igual! ¡Siempre cobarde!
(Con ansiedad.) ¿De modo que olvidarás
nuestro amor por el reposo
de Dolores?
- GONZ. Es forzoso,
ya te lo dije.
- MERC. (Con energía.) ¡Jamás!
(¡Sí: todo por no perder
lo que tanto me ha costado!
¡Antes muerto y deshonrado
que en brazos de esa mujer!).
¿Que te olvide es lo que manda
tu miserable egoísmo?
- GONZ. ¡No mando: ruego!
- MERC. Es lo mismo.
- GONZ. Es necesario.
- MERC. (Con sarcasmo.) ¡Pues anda!
¡Búscala! ¡No me opondré!
¡Ruégala con frase nécia,
mientras ella te desprecia
por otro hombre!
- GONZ. (Con asombro.) ¡Cómo! ¡Qué!
¿Sabes lo qué dices? (Con energía.)
- MERC. ¡Sí!
- GONZ. Tú me puedes insultar
á impulsos de tu despecho;
pero no tienes derecho
para atreverte á ultrajar
á Dolores.
- MERC. (Con ira.) ¡No soy yo!
- GONZ. (Con tono de amenaza.)
¡Ve lo que tu labio intenta!

- MERC. ¡No es fácil que me arrepienta!
¡No miento!
- GONZ. (Con ira.) ¿No mientes?
- MERC. ¡No!
Lo que te digo, es verdad.
- GONZ. ¡Mira, que después de herirme
ya no puedes exigirme
ni compasión ni piedad!
¡Que la honra tal furia lleva
que arrostrarla no es prudente
sin que el delator presente
junto al deshonor, la prueba!
- MERC. ¡No la quiero rehusar!
Y tú mismo, si mirases
al pasado y preguntases
la podrías encontrar!
¡Cuando tu esposa aceptaba
con repugnancia tu nombre,
era porque amaba á otro hombre!
¿Sabes cómo se llamaba?
¡Pablo!
- GONZ. ¡Pablo!
(Después de vacilar algunos instantes.)
Hiciste mal
en unirle á tu desco.
¡Dudé antes! ¡Ahora no creo!
¡Pablo es honrado y leal!
- MERC. ¡Tan leal como Dolores!
Su lealtad te probaron
cuando juntos te engañaron
ocultando sus amores.
¿No le viste defender
á tu esposa? ¡De qué modo
lo hacia!
- GONZ. ¡Oh!
- MERC. ¡Se arriesga todo
por amor: no por deber!
¡Qué dijiste! ¡Qué has hablado!
¿Qué es lo que de mi odio ansias?...
(La deshonra!..) ¡Si querías
vengarte, bien te has vengado! (Con ira.)
¡También vengaré la afrenta

- si existe!
- MERC. (Como arrepentida de sus palabras)
¿Qué vas á hacer?
- GONZ. Tú no lo debes saber:
eso corre de mi cuenta. (Con ansiedad.)
¿No has mentido?
- MERC. ¡Lo aseguro!
- GONZ. ¡Pues á convencerme voy!
y á ser cierto, tuyo soy
para siempre: te lo juro.
(Aparece Juan en la puerta del fondo.)
- JUAN. El señorito Luis viene.
- GONZ. (Á Mercedes.) Que tu presencia no advierta.
(Juan sale por el fondo.)
- MERC. ¿Y cómo hacerlo?
- GONZ. (Señalando la puerta de la izquierda.)
Esa puerta,
franca la salida tiene
(Mercedes se dirige á la puerta de la izquierda.)
- MERC. No olvides que tu amor es
mi esperanza, y que te espero.
- GONZ. ¡Oh, sí! Mi fama primero
y tu cariño después.
(Sale Mercedes por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

GONZALO, LUIS, al final JUAN.

- LUIS. ¿Gonzalo?...
- GONZ. Pronto has venido.
- LUIS. Para cumplir tu deseo
fui á tu casa.
- GONZ. (Con impaciencia.) ¿Y encontraste
á Dolores?
- LUIS. Me dijeron
que no estaba.
- GONZ. ¿Y es verdad?
- LUIS. Sí.
- GONZ. ¿Estás seguro?
- LUIS. De cierto.
(¡Estaba para mi daño,
que dé ahora el suyo comienzo!)

- Pregunté con insistencia,
y al ver que tenía empeño
en saber donde se hallaba,
sus gentes me respondieron:
«Salió sin decir á dónde
»y sola, y hace ya tiempo
»de su marcha, y aguardamos
»impacientes su regreso.»
- GONZ. ¡Sola! (¡Sola va la culpa,
porque le importa el misterio!)
(¡Ya sospecha!)
- LUIS. (¡Tal vez juntos!...
¡Yo necesito saberlo
al instante!) Espérame.
(Sorprendido.)
- GONZ. ¿Dónde vas?... Hace un momento
dijiste que aquí vendría
Pablo.
- LUIS. (Con sarcasmo.) Pues voy á su encuentro.
El tenerle frente á frente
me importa tanto, que el tiempo
me resulta perezoso
y he de acortarle el terreno.
Aguárdame aquí. Tal vez
te necesite.
- LUIS. No entiendo...
- GONZ. Ya sabrás. ¿Juan?
(Aparece Juan en la puerta del fondo.)
Si don Pablo
viene, que espere aquí dentro.
Adios, Luis.
(Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)
- LUIS. Adios.
(Sale Gonzalo por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

LUIS y JUAN, al final DOLORES.

- LUIS. (Á Juan por Gonzalo.) ¿Qué tiene?
- JUAN. Yo lo ignoro por completo.
- LUIS. Está pálido y sombrío
y vibra la ira en su acento.

¿Vino alguien mientras yo estuve fuera? Dí.

JUAN. (Vacilando.) No sé si debo...

LUIS. Por bien de tu amo pregunto.

JUAN. Entonces... Hace un momento la señorita Mercedes estuvo aquí.

LUIS. ¡Ella! (No temo ya nada. Si ella ha venido, Gonzalo está á ella sujeto.)
¿Y tú sabes?...

JUAN. No.

LUIS. Está bien.

JUAN. Llamaron. (Señalando á la puerta del fondo.)

LUIS. Ve. (Juan sale por el fondo.)

Ni de intento podido hubiera Mercedes servirme mejor que lo ha hecho.

Yo acudo para alejarle, y ella ayuda mi proyecto.

¡Ahora que venga Dolores!

¡Me desdeñó! ya veremos

si al final de la jornada

inspiro desdén ó miedo!

JUAN. (Dentro.) ¡Ha salido!

(Aparece Dolores en la puerta del fondo.)

DOL. (Á Juan.) Aquí le aguardo.

(Él me buscaba; yo vengo.)

(Avanza hacia el proscenio.)

ESCENA VI.

DOLORES y LUIS, luego JUAN, al final PABLO.

LUIS. (¡Dolores!)

DOL. (Viendo á Luis.) ¿Tú?... No creía nunca volver á encontrarte.

LUIS. Ni yo pretendí buscarte.

DOL. En vano hacerlo sería.

LUIS. ¿Qué dices?

DOL. ¡Qué en mi dolor más desdichas no esperaba!

Faltaba una... (Con desprecio.) ¡Sí! ¡faltaba que tú me hablastes de amor!

LUIS. ¡Siempre el desprecio en tus labios!

DOL. Lo que mereces concedo.

LUIS. ¿Pero no sabes que puedo vangarme de tus agravios?

¿Qué el desprecio sabe odiar, y que el odio alcanza mucho?

DOL. ¡No sigas, porque no escucho!

LUIS. Dolores...

DOL. ¡Ni he de escuchar,

ni tú profanar debiste

con tu estancia y con tu nombre

esta casa, que es del hombre

cuya deshonra quisiste!

LUIS. ¡Del que te dejó olvidada!

¡Del que acaso en este instante

corre en busca de su amante!...

(Además de interrupción de Dolores.)

¿Ya temes? (Con ironía.)

DOL. No temo nada,

pero atajo tu imprudencia.

LUIS. ¡Mal haces en no escucharme!

DOL. ¡Mal haces tú, en no evitarme

el rubor de tu presencia!

LUIS. ¿Quieres que me aleje?

DOL. ¡Sí!

(Aparece Juan en la puerta del foro.)

JUAN. El señorito Pablo.

DOL. (¡Él!) (Sorprendida.)

LUIS. ¡Seré en mis odios cruel!

DOL. ¡Qué me importa tu odio á mí!

(Aparece Pablo en la puerta del fondo y queda sorprendido al ver á Dolores. Luis se dirige al foro, y se inclina delante de Pablo.)

LUIS. (¡No ha de verle, mientras yo

pueda evitar su llegada!) (Sale por el fondo.)

PABLO. (Á Dolores.) ¡Cómo! ¿Usted en la morada del hombre que la ultrajó?

(Con tono de reconvección y sorpresa.)